

TEMPLO HERMANA TERESA

“Permitirnos”

10/05/2025



Bahía Blanca - Patricios 336

Punta Alta - 11 de septiembre 750

“Permitirnos”

Queridos hermanos y hermanas en la Fe:

En esta Ceremonia de hoy queremos invitarlos a reflexionar profundamente sobre una frase que Carlos nos compartió y que, aunque breve, encierra una sabiduría poderosa y transformadora: “Cuando te permites lo que mereces, atraes lo que necesitas.”

Podríamos pensar que esta frase tiene un tono más motivacional o psicológico que espiritual. Sin embargo, si miramos con los ojos de la Fe, si escuchamos con el alma atento a la voz de lo alto, entenderemos que en estas palabras hay una clave que nos conecta directamente con el propósito que Dios tiene para cada uno de nosotros.

Porque sí, es necesario que lo digamos con claridad y sin vergüenza: merecemos cosas buenas. No por vanidad, ni por orgullo, sino porque fuimos creados con amor, a imagen del Amor. Y cuando empezamos a tratarnos como criaturas dignas de ese amor divino, entonces el universo, o mejor dicho, la voluntad de Dios, empieza a alinearse para traernos lo que necesitamos.

Este camino, por supuesto, no es fácil. Porque vivimos en un mundo donde muchas veces se nos ha hecho creer que merecer es

egoísta, que anhelar es desear demasiado, y que esperar bendiciones es arrogancia. Pero nada más lejos de la verdad. Dios no nos quiere sometidos a la miseria del alma. Dios quiere que nos abramos a lo que Él soñó para nosotros. Y eso requiere Fe, humildad y valentía.

La Fe no es solo esperar. La Fe también es reconocer. Y uno de los actos más profundos de Fe es reconocer que fuimos creados para vivir en plenitud. No estamos aquí por azar, ni nacimos para vivir una vida sin propósito. Hay un plan, y ese plan incluye nuestra realización espiritual, emocional y humana.

Pero para que ese plan se cumpla, debemos permitirnos lo que merecemos. ¿Y qué es eso que merecemos? Merezco paz, merezco respeto, merezco amor verdadero, merezco perdón, merezco una vida que no esté marcada por el dolor constante, merezco mirar al cielo sin sentir culpa, merezco trabajar con dignidad, merezco descansar sin miedo.

Merezco todo eso no porque lo haya ganado con mis méritos humanos, sino porque soy hijo e hija de Dios. Y cuando lo creo, cuando me lo permito, mi vida empieza a transformarse. Porque entonces mi dignidad no se negocia. Porque entonces dejo de aceptar migajas. Porque entonces empiezo a vivir como quien sabe que no está solo.

La Fe no nos pide resignación ante la injusticia. Nos pide paciencia, sí. Nos pide esperanza, claro. Pero también nos pide

que no dejemos de vernos como Dios nos ve: con ojos de amor, con ojos de promesa.

Una de las trampas más comunes del alma es no sentirse digno de lo bueno. Hay personas que han pasado tantos años sufriendo, tantos años escuchando que “esto es lo que te tocó” o “conformate con lo que hay”, que han perdido la capacidad de abrir el alma a algo mejor.

Y esto, lejos de ser humildad, se convierte en una forma disfrazada de desesperanza. Porque la humildad verdadera no es pensar que no valgo nada. Es saber que todo lo que valgo lo valgo por el amor de Dios.

No sentirnos merecedores nos aleja de lo que necesitamos. Porque si yo creo que no merezco un amor sano, terminaré aceptando relaciones que me destruyen. Si creo que no merezco paz, viviré en guerras internas. Si creo que no merezco ser escuchado, guardaré silencio hasta olvidarme de mi voz. Y eso no es Fe. Eso es esclavitud emocional.

La Fe nos libera. La Fe nos dice: “Ámate, no por lo que hiciste, sino porque Dios te amó primero. Y si Él te ama, ¿quién sos vos para negarte a vos mismo lo bueno?”

Hay un misterio en la vida espiritual que pocas veces nombramos, pero que todos experimentamos: cuando abrimos el alma al bien, el bien llega. No de forma mágica. No de forma inmediata. Pero llega.0

Cuando nos permitimos lo que merecemos, cuando empezamos a hablarnos con compasión, cuando dejamos de castigarnos por cada error del pasado, cuando elevamos nuestra mirada y decimos “quiero más”, entonces la vida, que es guiada por la sabiduría divina, comienza a traer a nuestro camino lo que verdaderamente necesitamos.

¿Y qué es lo que necesitamos? A veces no es lo que esperamos. Porque a veces necesitamos una pérdida para aprender a soltar. A veces necesitamos una prueba para crecer. Pero también, muchas veces, necesitamos amor, compañía, comprensión, oportunidades. Y eso empieza a llegar cuando dejamos de pensar que estamos destinados al vacío.

La Fe no es conformismo. La Fe es apertura. Es creer que si lo bueno no ha llegado, no es porque no exista, sino porque tal vez no nos lo estábamos permitiendo.

Permítannos ahora contarles una historia que, aunque sencilla, ilustra perfectamente este mensaje.

Clara era una mujer de unos 45 años. Trabajaba como empleada doméstica desde los 13. Nunca terminó la escuela. Vivía sola, sin hijos, sin pareja. Su vida había estado marcada por la entrega a los demás: a sus patronos, a sus hermanos, a los hijos ajenos. Pero había algo que Clara no se permitía: el descanso, el afecto y la posibilidad de soñar para ella.

Una tarde, mientras limpiaba una casa, encontró en una repisa

un libro de reflexiones. Por curiosidad lo abrió y leyó una frase que decía: “Cuando te permites lo que mereces, atraes lo que necesitas.” Esa noche no pudo dormir. Algo en su interior se removió. Por primera vez en años, Clara se preguntó: ¿yo qué merezco?

Al día siguiente, decidió algo simple pero poderoso: pidió un día libre. Solo uno. Y en ese día fue a una plaza, se sentó al sol y escribió en un cuaderno todo lo que nunca se había permitido: merezco tiempo para mí, merezco amor sin condiciones, merezco aprender algo nuevo, merezco tener Fe en mi vida.

Y con cada frase que escribía, sentía que algo en su alma se enderezaba y volvía a levantarse. Desde ese día, Clara empezó a cambiar. Se inscribió en un curso de alfabetización para adultos. Empezó a ir a una pequeña comunidad de Fe donde compartía sus experiencias. Dejó un trabajo donde la maltrataban y encontró otro donde la valoraban.

Nada fue de un día para otro. Pero algo sí cambió para siempre: Clara se permitió lo que merecía. Y así, atrajo lo que necesitaba. Esta es la gran pregunta que queremos dejarles hoy: ¿Qué nos estamos permitiendo?

Porque si vivimos desde la culpa, si nos movemos desde la escasez, si pensamos que no somos merecedores de lo bueno, lo necesario nunca llegará. Y no porque no exista, sino porque no le abrimos la puerta.

Cuando alguien se ama con Fe, su forma de caminar cambia. Su forma de pedir cambia. Ya no suplica, ahora espera con confianza. Ya no se arrastra, ahora se levanta. Ya no calla lo que duele, ahora lo transforma.

Cuando alguien se trata como Dios lo trata, entonces se vuelve reflejo de ese amor. Y eso, hermanos y hermanas, atrae bendiciones. Porque Dios no puede negarse a un alma que se sabe hija, que se sabe valiosa, que se sabe amada.

Quizá hoy alguien aquí se pregunta: “¿Y cómo empiezo? ¿Cómo me permito lo que merezco si vengo de años de no sentirlo así?”

La respuesta, desde la Fe, es clara: Pide luz. Ora para que tu alma vea lo que vales. A veces estamos tan ciegos por el dolor que no nos reconocemos.

Renuncia al castigo. Basta de pensar que todo lo malo que te pasa es porque lo mereces. Dios no castiga con abandono. Él llama con amor.

Rodéate de verdad. Busca personas que te ayuden a ver tu valor, no aquellas que te lo roban.

Actúa en consecuencia. Si te sabes digno de amor, no aceptes relaciones que te hieran. Si te sabes digno de paz, no te acostumbres al conflicto.

Perdónate. El que no se perdona, no se permite avanzar. Y Dios ya te perdonó. No seas más severo que Él.

Hermanos y hermanas la Hermana Teresa nos dice hoy:

La Fe no es una obligación que pesa. Es una oportunidad que libera. Es un acto de confianza en que la vida tiene sentido, que vuestro existir no es un error, y que fueron hechos para mucho más que simplemente sobrevivir.

Cuando nos permitimos lo que merecemos, cuando dejamos de esconder nuestra luz, cuando decidimos tratarnos con la misma ternura con la que Dios nos creó, entonces comienzan a llegar las personas, las oportunidades, los caminos que nuestra alma necesita.

No porque mágicamente se alineen los planetas, sino porque nuestra alma deja de cerrarse. Porque nuestra Fe empieza a fluir. Porque dejamos de frenarnos. Porque ya no tememos ser quienes estamos llamados a ser.

Y allí, en ese momento, cuando ya no dudamos de nuestro valor, cuando ya no negociamos nuestra paz, cuando de verdad nos permitimos lo que merecemos, entonces sí, atraemos lo que necesitamos. Y lo recibimos con gratitud, no con sorpresa. Porque sabemos que, al final, todo lo que Dios tiene para nosotros... es exactamente lo que nuestra alma venía buscando.

Amén.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.